

celos, ahora centrados únicamente en Hunter. Un «lúcido pero fantasmagórico examen» de su situación lo empuja al asesinato, en una tremenda pesadilla de incomunicación, en plena convicción de que *había un solo túnel oscuro y solitario: el mío, el túnel en que había transcurrido mi infancia, mi juventud, toda mi vida* (26). Pasa por un «minucioso infierno de razonamientos, de imaginaciones», y entra en la habitación para apuñalar a María, en su propio lecho, después de decirle: «Tengo que matarte, María. Me has dejado solo» (27).

CONSOLIDACION DE MODELOS AGENCIALES

Las tensiones de la novelística sabatiana se centran en las funciones cardinales del proceso agencial. Los agentes de las acciones, cuidadosamente elaborados, representan tipos psicológicos básicos. Las concepciones freudianas, las secretas corrientes del subconsciente/inconsciente, los arquetipos de Jung, las deformaciones psicopáticas, neuróticas y paranoicas están confluyendo en la configuración de modelos de comportamiento. La tipología psicológica de *El túnel* se completa, se adensa, en *Sobre héroes y tumbas* con esta correspondencia:

1. Comportamiento amoroso:

Castel \longleftrightarrow María \longrightarrow Alejandra \longleftrightarrow Martín

2. Psicoanálisis:

— subconsciente / inconsciente

pesadillas / sueños de Castel \longrightarrow «Informe sobre ciegos» de Fernando.

3. «túnel oscuro y solitario de Castel \longrightarrow laberintos subterráneos de Fernando.

4. Proceso de locura de Castel \longrightarrow paranoia de Fernando

No cabe duda de que el protagonismo de Fernando Vidal Olmos, como veremos más adelante, está determinado por los residuos infantiles del complejo de Edipo, la autodefensa de la manía de perseguido, la conciencia de culpabilidad y expiación, la funcionalidad del subconsciente y la paranoia. Pero también encontramos préstamos de las teorías psicoanalíticas en las reacciones de Alejandra y de Martín.

Martín del Castillo, con sus diecisiete años, representa la crisis de la adolescencia. Pero su protagonismo es mucho más complejo: desde el inicio de la novela está agitado por «corrientes profundas», que fluyen desde sus orígenes. Tiene conciencia de que siempre fue

(26) *El túnel*, p. 146.

(27) *Id.*, p. 149. *Vid.* prólogo a la edición de Losada, para completar el conflicto.

un estorbo en el medio familiar. Nació contra la voluntad de su madre, que «había hecho todo lo posible para abortar, menos el raspaje»; su desamor se expresa en constantes lamentos —«existís porque me he descuidado»; «¿por qué me habré descuidado?»—, que gravitan en sus recuerdos. «Era un milagro de que no hubiese ido a parar a las cloacas» (28). Identifica este peligro con la palabra clave *madre-cloaca*, relacionada, sin duda, con la audaz expresión de Otto Weininger, «madre ciénaga», basada en las mitologías primitivas, para las que «la madre es el barro original» (29).

A esta circunstancia se suma el medio adverso, la estrechez económica que contribuye a su indefensión. Por un lado, el fracaso, la frustración de su padre como pintor, su resentimiento, su vejez prematura, la tuberculosis irreversible. Por otro, la frivolidad de la madre, entretenida con la música melódica, las revistas radiofónicas y las extrañas visitas. La intrincada mezcla de circunstancias condiciona su existencia:

Los dolores en Martín se habían ido acumulando uno a uno sobre sus espaldas de niño, como una carga creciente y desproporcionada (y también grotesca), de modo que él sentía que debía moverse con cuidado, caminando siempre como un equilibrista que tuviera que atravesar un abismo sobre un alambre, pero con una carga grosera y maloliente... (30).

El encuentro con Alejandra, en mayo de 1953, abre un nuevo hito en su existencia. La desesperación de los largos meses de espera, recuerdo de la búsqueda de Castel, la desesperanza «de volver a verla, cambian su comportamiento: abandona el hogar, piensa en marcharse a la Patagonia, deambula «como un bote a la deriva». Hasta que veintidós meses más tarde, en febrero de 1955, se produce el reencuentro.

Sin embargo, la relación que se inicia no será feliz; estará llena de la inquietud de los encuentros y desencuentros. Con la visita al caserón de Barracas, Martín descubre la pesadilla del mundo de Alejandra. Comienza la «terrible historia». La inexperiencia, la inmadurez, del adolescente van cediendo a la sugestión femenina. Esta atracción se relaciona con la teoría del *pour-autrui* de Jean-Paul Sartre, va surgiendo de su presencia, de la mirada del otro; es la *transcendence transcendée* (31). Y, al mismo tiempo, es un tormento «frenético»:

(28) *Sobre héroes y tumbas*, en *Obras de ficción*, p. 160. Haremos todas las citas por esta edición.

(29) *Heterodoxia*, p. 103.

(30) *Sobre héroes y tumbas*, p. 172.

(31) *L'être et le néant*, París, Gallimard, 1980, p. 309.

— Me fascinaba como un abismo tenebroso, y si me desesperaba era precisamente porque la quería y la necesitaba (32).

Alejandra es como «un ser que parecía haber estado esperando durante un siglo». Sin embargo, la presencia real, al alcance de sus sentidos, cuando vela su sueño, no facilita la comunicación, el deseado conocimiento total. A pesar de la proximidad, existen unos límites de resistencia:

Estaba ahí, al alcance de su mano y de su boca. En cierto modo estaba sin defensa, ¡pero qué lejana, qué inaccesible que estaba! Intuía que grandes abismos la separaban (no solamente el abismo del sueño, sino otros) y que para llegar al centro de ella habría que marchar durante jornadas terribles, entre grietas tenebrosas, por desfiladeros peligrosísimos, al borde de volcanes en erupción, entre llamaradas y tinieblas (33).

A este distanciamiento contribuyen, además de la inaccesibilidad femenina, la circunstancia de que ella pertenece a una clase superior a la suya y la propia inseguridad de Martín, su complejo de inferioridad, de sentirse feo, roto, ridículo, «estúpido y torpe», ante los demás, en las reuniones sociales. Este desvalimiento turba su espíritu, «lleno de perplejidad y de timidez».

Martín «sentía un amor vertiginoso por Alejandra», pero los «hechos profundos que le separaban de ella» generan sucesivas situaciones conflictivas. En sus intentos de intimidad se siente con frecuencia «aislado mágicamente de la dura realidad externa, como sucede en el teatro...» (34). Y cuando vela su sueño, en el Mirador, piensa emular a los caballeros medievales para salvarla de sus peligros y en el vértigo incoherente y contradictoria de su repensar, evoca el mito del *dragón y la princesa* que da título a la primera parte de la novela:

Como si el príncipe —pensaba— después de recorrer vastas y solitarias regiones se encontrase por fin frente a la gruta donde ella duerme vigilada por el dragón. Y como si, para colmo, advirtiese que el dragón no vigila a su lado amenazante como lo imaginamos en los mitos infantiles, sino, lo que era más angustiante, dentro de ella misma: como si fuera una princesa-dragón, un indiscernible monstruo, casto y llameante a la vez, candoroso y repelente, al mismo tiempo: como si una purísima niña vestida de comunión tuviese pesadillas de reptil o de murciélago (35).

(32) *Sobre héroes...*, p. 169.

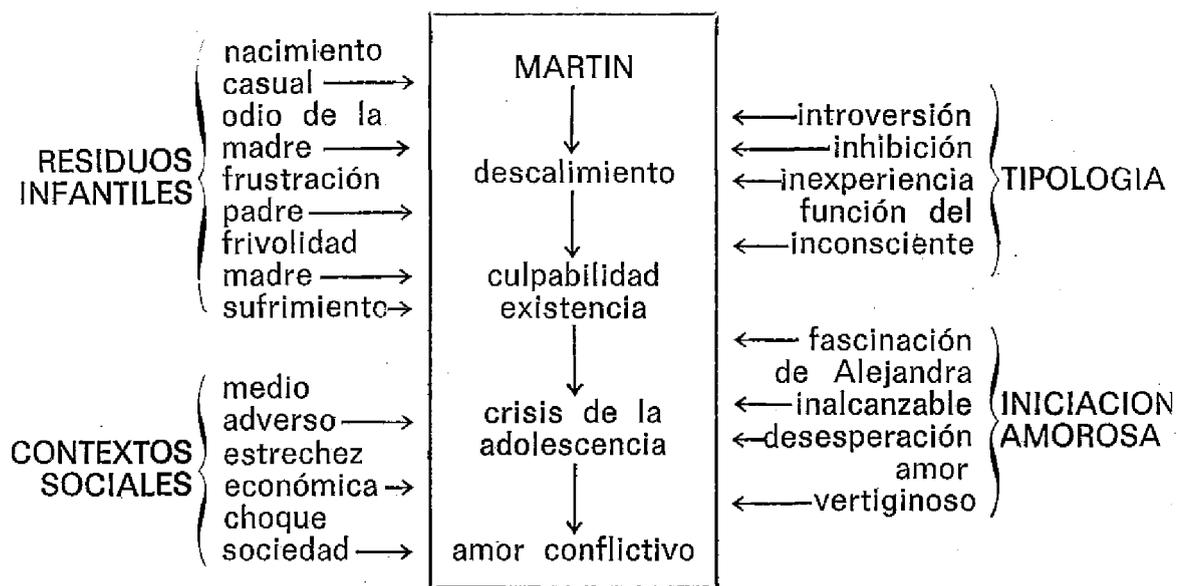
(33) *Id.*, p. 229.

(34) *Id.*, p. 273.

(35) *Id.*, pp. 282-283.

Pero chispazos inconscientes, como vientos misteriosos, van mezclándose con un proceso de raíz freudiana y generan en su mente imágenes del comportamiento de su madre y de la pesadilla de mutaciones zoomórficas. La agitación lúdica, provocadora, continúa, entre lo tenebroso y la candidez, entre lo corrupto y lo casto, en contrapunto con la tremenda pesadilla que inquieta el sueño de la mujer. Y, a pesar de todo, el desconcertado Martín «quería a ese monstruo equívoco: dragón-princesa, rosa-fango, niña-murciélago» (36); y estaba dispuesto a enfrentarse con los «insalvables abismos» que los separaban.

Hasta aquí, en todo este proceso agencial, preparación para el rito de la iniciación, Martín se debate entre cuatro campos de fuerza que conforman un modelo de comportamiento psicológico:



El modelo agencial representado por Alejandra es mucho más complejo. Lo van configurando factores relacionados con la teoría de Freud sobre la influencia de las experiencias anómalas infantiles en el comportamiento futuro. No podemos olvidar: su nacimiento de las relaciones ilícitas entre Fernando y su prima Georgina, el odio a su madre, el choque de sorprender a su padre acostado con una mujer desconocida, la huida de casa, la precoz aventura con Marcos en la playa... Pero, sobre todo, influirán en su hipersensibilidad la vida en el medio adverso del caserón de Barracas, entre la depresión económica, la ruina amenazante y la pesadilla del pasado, reconstruida por el insomne bisabuelo Pancho y el resonar del clarinete del loco Bebe. Además, la alucinante historia del coronel Bonifacio Acevedo, degollado por la *mazorca* de Rosas: su cabeza arrojada por la ventana, al grito de «¡Sandías fresquitas!»; su mujer, muerta pocas horas des-

(36) Id., p. 284.